Pero ya puede suponerse que habiéndome despertado sobresaltada, me acordé de las palabras de la señora de Baker, y no se las dije á mi marido. Desde entonces no tenía más que una idea: no cambiar nada en mi vida, no comprometer en modo alguno mi dicha, no dejar nada á la casualidad ni á lo imprevisto. Hice todos los esfuerzos que imaginarse pueden para persuadir á mi marido que las tribus de Africa no le necesitaban para nada, que la Sociedad Geográfica podía pasarse sin sus luces, y que la ciencia progresaría sin su ayuda. Pero no pude convencerle; aprovechó un viaje que hice á Inglaterra para correr á Marsella y embarcarse, sin decirme de una manera precisa el objeto de su nueva expedición. «Hubierais querido seguirme—me escribía—y no podía aceptar vuestro sacrificio, pero no tengáis la menor inquietud, mi viaje será de corta duración.» Al principio esperé. ¿A qué lado iba á dirigirme? Confiaba siempre que no tardaría en volver, como me lo había prometido. Cansada de esperar, iba por fin á ponerme en camino cuando el Cónsul de Francia en el Cairo me anunció la muerte del barón de Guéran.

He aquí mi vida, caballeros; ahora ya me conocéis, y pensaréis tal vez que os he hablado demasiado de mí misma. Pero tranquilizáos, ahora voy á hablar de vosotros. Otra taza de té y empiezo.



## III

—Ya estáis suficientemente ideificados acerca de mí—dijo con tono más sereno al cabo de un momento.—Conocéis perfectamente mis antecedentes, pero no creo que os hayan asustado y continuáis manteniendo vuestra candidatura. Sea. Entonces, permitidme que una vez que me he descubierto á vuestros ojos, os descubra á vosotros.

Aquellos jóvenes se disponían á hablar.

—Esperad—les dijo apresuradamente,—no os pido confidencias; serían completamente inútiles. Hace seis meses que pido informes vuestros, os estudio y os conozco. Esto os adula, ¿no es cierto? Pero no vanagloriaros demasiado pronto; estáis muy lejos de figuraros el pensamiento que me ha guiado y el fin de mis investigaciones. Hablemos primero de vosotros en general, caballeros. Todos tenéis de treinta á treinta y cinco años, la mejor edad para casarse; sobre este punto estoy satisfecha. No sois—continuó riendo—ni muy guapos chicos ni muy feos: lo que debe desear una mujer sensata, cuando piensa en elegir un dueño, es ese término medio. Cada uno de vosotros tiene una fortuna considerable, lo cual

le permite casarse con una mujer rica sin que parezca que lo hace como especulación. Tenéis tal vez algunos defectos; ¿quién no los tiene? Pero las personas que me han dado informes vuestros me han asegurado que no teníais vicios, lo cual me basta. Los tres os habéis portado como hombres de corazón durante el sitio de París, que ha sido hasta cierto punto una piedra de toque para los hombres de vuestra generación. En fin, habéis sabido crearos una ocupación y tengo el gusto de poder declarar que no sois ni malos trabajadores ni inútiles. Ya os he hecho vuestra cuenta general, como había prometido.

Ahora voy á entrar en las personalidades.

Vos, señor Morin—prosiguió Laura diri giéndose al que tenía más cerca,—sois uno de nuestros dibujantes más notables. Conozco la mayor parte de vuestras obras y las aprecio como artista y como mujer que acaricia un proyecto; pero no ha llegado aún el momento de daros á conocer ese proyecto, tened paciencia. Sois además muy audaz, es decir, que no huís ante ninguna aventura peligrosa, tenéis iniciativa, os han hecho para el ataque; un general inteligente os mandaría á un regimiento de zuavos. Yo os enviaré... ya lo veremos. Id á las filas, señor zuavo, y pasemos á otro.

El joven que se encontraba al lado del señor Morin se disponía hacía un momento á pasar revista. Se levantó, saludó militarmente y esperó.

La baronesa le miró riendo, y dijo:

—A vos, señor Perières, os felicito por los



artículos que habéis publicado en la *Revista de Francia*. Vuestras ideas son justas, vuestros juicios profundos á veces, y os expresáis con mucha finura y claridad. En una campaña podrían encargaros de las noticias, lo cual no impediría que sirvieseis de combatiente. Esperaríais que os diesen orden de precipitaros adelante para hacerlo, pero una vez que os hubieseis lanzado, seríais tan valiente como el señor Morin. Os mando á las filas y no hablemos más.

Sólo faltaba que la señora de Guéran diera su parecer á un hombre de unos treinta años, rubio, de mediana estatura, triste mirada, á quien su ropa, de un corte severo, envejecía un poco.

—Mi querido señor Desrioux—le dijo—tenéis un gran mérito á mis ojos, muy raro en un hombre de vuestra posición social; el de haberos hecho médico. Ha sido condenaros á estudios muy fuertes y condenaros á una esclavitud de todos vuestros instantes. Recibid mis mayores felicitaciones, y si no os mando á un regimiento como á vuestros amigos, no es porque dude de vuestro arrojo, sino porque un cirujano militar, papel que os convendría, puede no pertenecer á ninguna arma especial; diré más, á ninguna nacionalidad; corre á auxiliar á todo el que le llama, amigo ó enemigo, donde quiera que esté. Podéis volver á vuestro lugar, querido doctor; ya he concluído.

Se dirigió entonces á los tres, y les dijo de una manera muy graciosa:

—No me acusaréis de haberos tratado muy

mal; no he hablado más que de vuestros méritos, y cualquiera que me hubiese oído os tomaría por unos santos. Pero seré franca; he hablado bien de vosotros, porque no podía hablar mal. No ha sido la casualidad la que os ha reunido en mi casa y os ha hecho entrar en mi intimidad hace seis meses; ha sido únicamente mi voluntad. En vista de algunos proyectos que os comunicaré muy pronto, os he elegido entre todos mis amigos, y creo haber escogido bien.

Los señores de Morin, Perières y Desrioux volvieron á inclinarse, sin decir una palabra. La baronesa prosiguió:

—Pero ¡ay! que vuestros méritos son los que precisamente me hacen vacilar! Son diversos, pero cada uno de vosotros tiene una parte igual. ¿Cómo podría elegir sin ser soberanamente injusta? Me encuentro en la misma situación que Páris; no sé á quién dar la manzana. ¡Ah! si alguno de los tres se señalase por medio de alguna acción brillante, me conceptuaría más libre; pero en vuestra situación, cuando vuestro país está en paz, en nuestro Paris civilizado, ¿qué puedo exigir de vosotros, ni qué podéis ofrecerme?

Aquí sois hombres de mundo, cuyo primer deber es hacerse notar lo menos posible. De modo que nada hay que esperar por ese lado, para que cesen mis dudas... No.. todavía no... Continúo, y esta vez voy á entrar de lleno en la cuestión, sin preámbulos. La mujer, la hija, la amiga de los grandes viajeros de nuestra época, va á aparecer de nuevo.



Estoy completamente decidida á recorrer el Africa, no la que todo el mundo conoce, que empieza en Argelia ó en Alejandría para terminar en el Desierto, sino el Desierto mismo, y los curiosos alrededores que se encuentran, cuando se ha tenido el valor y la fuerza de atravesarlo. ¿Debe atribuirse á la educación que he recibido el deseo que tengo, es más, la necesidad que experimento de ver esos países apenas explorados, á las conversaciones que he oído á las personas entre quienes he vivido, ó bien no hago más que obedecer á una fuerza que me arrastra hacia el lugar donde ha perecido el señor de Guéran? ¿No deberá ser más que una especie de peregrinación el viaje que medito? Nada sé, ni os importa gran cosa.

Lo que debe importaros, caballeros, es que hace mucho tiempo me he fijado en vosotros para que me acompañaseis. Sí, sola me es imposible vencer las dificultades y afrontar los peligros que preveo. En cuanto á asociarme á compañeros de viaje, cuyo celo hubiese pagado, no lo he pensado un solo instante; me hubieran abandonado á mitad de camino; el celo y el valor no se compran. Os he encontrado, os he observado, y me he convencido que érais las únicas personas que podíais ayudarme en mi empresa.

Encuentro en vosotros el hombre de letras que sabrá reproducir nuestras impresiones, el pintor cuyo lapiz eternizará nuestros recuerdos, y el médico, que al mismo tiempo que curará nuestros males, podrá trabajar, de acuer-

do con los otros, para engrandecer la ciencia. Si no me equivoco, y creo conoceros demasiado para equivocarme, hallaré en vosotros tres defensores, tres amigos, tres hermanos, y confiaré á vuestra lealtad mi reputación y mi vida.

La emoción la dominaba; sus convidados, presa de la misma emoción, la estrecharon silenciosamente la mano.

En seguida repuso:

—¿Qué os daré á cambio del inmenso sacrificio que os pido, del sublime que reclamo de vosotros? Mi amistad eterna á dos de vosotros, mi amor tal vez al tercero; he aquí lo que ignoro. En este momento os juro que no sé cuál será, todos tenéis las mismas probabilidades. Si durante el viaje le doy la preferencia á uno, callaré para no excitar los celos de los otros. Cuando estemos aquí de regreso, proclamaré el nombre del vencedor. Cada uno de vosotros puede alcanzar esa victoria, de vosotros solo depende. En los países donde vamos á vivir tendréis el campo libre para hacer hazañas de todas clases, y el más rico en buenas acciones será recompensado por mí. De ese modo habrá merecido mi mano, que no tiene motivo alguno para poseer hoy. Yo también tendré por mi parte razones serias para amarle, y amarle para siempre.

He aquí, caballeros, lo que tenía que deciros, para lo que os he reunido hoy. Cualquiera que sea vuestra decisión, creo que mi larga arenga no habrá hecho que me juzguéis mal. He recibido una educación muy particular



entre personas que han estudiado tantas costumbres diferentes, tan diversos usos, que se ha producido la confusión en su espíritu y no saben distinguir las cosas toleradas en Europa y las admitidas entre salvajes. Llevo el ridículo hasta querer elegir mi marido y ponerle á prueba; soy temeraria, dura para los demás y para mí misma ávida de emociones y muy aficionada á correr grandes aventuras. Hago á mis amigos proposiciones muy extrañas, ya habréis podido juzgar; pero no pretendo que las acepten en el acto, les dejo tiempo para reflexionar. Dentro de ocho días os habréis decidido, y os espero en este mismo salón á la hora de hoy. Si me acompañáis, me conceptuaré muy dichosa; si no me acompañáis, me marcharé sola y permaneceré viuda. Buenas noches, señores, que se hace tarde.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## IV

Ocho días después de los sucesos referidos y una hora antes de la fijada por la señora de Guéran para la segunda cita que diera á los señores de Morin, Perières y Desrioux, vinieron á anunciarla que este último deseaba verla.

En seguida fué al salón á reunirse con él.

—Si adelantáis la hora—exclamó apresuradamente saliendo al encuentro de su amigo—

es que venís á traerme alguna mala noticia. ¿Sin duda renunciáis á acompañarme?

—No, señora—respondió,— no he tomado aún ninguna decisión sobre eso; vengo á explicaros francamente mi posición y á pediros un consejo.

—Ya conozco vuestra posición—repuso ella,—sois médico, y como yo temía, no queréis dejar á vuestra clientela.

—No tengo clientela, señora; mi fortuna me permite no visitar más que á los pobres. No vienen á mí, soy yo quien va á buscarlos.

—No faltan médicos en las Casas de Socorro—observó la señora de Guéran,—pueden pasarse sin vos.

—No pertenezco á ninguna Casa de Socorro—repuso el joven,—no visito á los enfermos oficiales. Lo mismo que existen pobres vergonzantes, hay en París desgraciados que no se atreven á implorar el auxilio de los alcaldes y se dejarían morir. Yo busco esos pobres, los descubro á veces é intento curarlos.

—¿Acaso sólo en París existen las enfermedades?—dijo la señora de Guéran.—¿No las encontraremos en los países que os he propuesto recorrer conmigo? Os había considerado el compañero de viaje más útil, no sólo por los cuidados que nos hubieseis prestado en aquellos sitios, minados casi todos por la fiebre, sino por las innumerables curas que hubieseis hecho entre todos aquellos abandonados, aquellos desheredados de la ciencia. No niego que los que curáis aquí son dignos de interés; pero ¿no son un poco víctimas de una falsa vergüenza y de su incuria? No se aperciben que su hijo se muere; esperan que vayáis á ellos. Hacéis bien en ir; pero allá sufren, se mueren, y si no llaman á un médico, es porque ignoran hasta la existencia de la medicina. ¿No tenéis una misión que cumplir al lado de aquellos desgraciados, como al de vuestros pobres?



—No se trata sólo de mis pobres—dijo tristemente el joven.

La señora de Guéran se quedó asombrada y le interrogaba con los ojos: de pronto se acercó el doctor á ella con suma rapidez, la cogió las manos sin que pudiera desasirse, y dijo:

—No os incomodéis por ninguna de las palabras que os voy á dirigir—exclamó.—Si os amo, mi respeto hacia vos es mayor que mi amor. Cuando hace ocho días os escuché religiosamente, me fuí de aquí entusiasmado. ¡Me llamabais á hacer vuestra vida durante meses, años tal vez; me mandabais compartir vuestros peligros, tomar parte en vuestras alegrías y en vuestros dolores, protegeros, socorreros, defenderos! Me permitíais adoraros á todas horas; ¡eso era la felicidad, el sol, la vida! ¡Ah, si supieseis cuánto os amo! Dejadme por favor que os lo diga, pues tal vez no os volveré á ver. ¡No he vivido como los demás hombres que me rodean! Siempre he trabajado, he luchado; el estudio y la ciencia han sido mis únicos amores... Os he encontrado, y la ciencia no ha tenido ya para mí el mismo atractivo. No he tenido más que un pensamiento: volveros á ver, ser algo en vues-

tra existencia. Las oscuras buhardillas que visito todas las mañanas se iluminan cuando espero veros á la noche... E iba á no abandonaros por vuestra voluntad, ¡qué felicidad! Y me hacíais esperar que tal vez un día... ¡Ah! era más que esperanza, era certeza... Sí... sí... lo sé, lo siento; yo hubiese sido el vencedor, yo hubiese sido el preferido, porque soy yo quien os amo más.

Cuando sorprendieron estas apasionadas palabras á la señora de Guéran, quiso imponer silencio al que las pronunciaba. No tuvo valor de interrumpirle, y al asombro había seguido la emoción. ¿Cómo aquel hombre tan reservado y tan frío en apariencia se decidía á hablar así, á explicarle sus sentimientos con tanta elocuencia? ¿Había sabido inspirar una pasión tan fuerte á aquel joven á quien acusaban de viejo antes de tiempo? ¡Era amada tan locamente por aquel sabio, acusado de desdeñar el amor!

Levantó hacia él los ojos, que hasta entonces había tenido bajos, y le dijo mirándole con fijeza:

—Si pensáis todo lo que me decís, ¿por qué no me acompañáis?

—No os acompaño—exclamó—porque mi anciana madre, que no tiene en el mundo más que á mí, se moriría si la abandonase... ¡Ah! si no fuera por ella nada me hubiera detenido. No teníais necesidad de decírmelo; los que aquí sufren pueden pasarse sin mis cuidados; otros tan interesados como yo y tan experimentados los hubieran cuidado y curado. En el país donde me proponéis que os siga hay enfermos, heridos, privados de los beneficios de la ciencia. Les hubiera llevado los secretos que me ha confiado, hubiera intentado curas imposibles. Estando vos á mi lado, siento que hubiese hecho grandes cosas. ¡Ah, cuánto halagabais el otro día mis gustos, mis instintos, mis aspiraciones! ¡La vida del misionero me ha gustado siempre; hacer penetrar la civilización, el bien, lo bueno, la caridad en países que ni de nombre los conocen; ahuyentar la barbarie, cerrar las llagas, curar á los enfermos, abrir los corazones al amor!



No era ya el mismo hombre; su voz era ardiente, apasionada, y sus ademanes elocuentes; su mirada brillaba, su frente parecía que se había agrandado; la metamorfosis que días antes se observara en la baronesa al apasionarse de lo que hablaba, se reproducía en el joven doctor.

Se detuvo un instante y prosiguió con voz más tranquila:

—Pero al lado de esos grandes deberes, de esas santas misiones, hay otras que ni pueden ni deben olvidarse. Cuando una madre no tiene más que un hijo, que es su sostén y su única esperanza, ese hijo debe mirarla como el deber más sagrado. Yo lo soy todo para la mía, como ella lo era para mí antes de conoceros. Cuando la diga que me marcho con vos y para vos, me dejará marchar; una madre está siempre dispuesta á sacrificarse por sus hijos. Os conoce... mi corazón, lleno de vos, se ha derramado en el suyo. Llevaría la abnega-

ción hasta aconsejarme ese viaje. Pero una vez lejos, la veo llorar, inquietarse, desesperarse y tal vez extinguirse. ¡Ah! ¡no puedo sufrir la idea de que muriera sin estar yo á su lado para cerrarla los ojos, amortajarla, escuchar su última voluntad, recoger su postrer aliento y cubrirla de flores! La agonía de una madre debe ser torrible y no tiene un hijo derecho á huir de ella: al contrario, es preciso estar presente á la muerte de la que le ha dado el ser.

Había cesado de hablar. La señora de Guéran le dió la mano, y dijo:

—Es cierto, no debéis marcharos; no quiero que os marchéis...

—Sabía que me diríais eso—dijo llenándosele los ojos de lágrimas,—pero vos os marcháis, y os marcháis con ellos. ¡Ah!—exclamó de pronto;—¡si pudieseis renunciar á ese viaje!

—No tengo ya derecho de renunciar á él, como vos no lo tenéis de abandonar á vuestra madre—repuso Laura.—Queréis asistir á sus últimos instantes; es muy justo, pero yo no he asistido á los de mi marido. Sé por cónsules extranjeros que ha muerto, pero ni conozco á punto fijo el sitio donde sucumbió, víctima de una cobarde agresión. La otra noche no quise hablar de eso delante de todos, pero á vos os digo que antes de quitarme el luto y empezar una vida nueva, quiero ver los sitios que han sido testigos de la agonía del señor de Guéran. Quiero recoger los detalles de sus últimos momentos, recuperar sus papeles, publicar sus estudios, sus trabajos, y no dejar su nombre, si lo dejo, hasta haberle hecho célebre. Ya veis, amigo mío—prosiguió con dulce voz,—que si tenéis aquí deberes que cumplir, yo también los tengo muy imperiosos allá. A cada uno su obligación: respeto la que os habéis impuesto; respetad la mía.



Al pronto se inclinó sin responder; pero al cabo de un momento no pudo contenerse de decirle:

—¿No intentáis una empresa superior á vuestras fuerzas? ¡Aventurarse una mujer, educada como vos, entre aquellas tribus!

—No seré la primera que las haya visitado, ya sabéis que Lady Livingstone...

—No habléis de ella. Ya sabéis que á los tres días de estar á los bordes del Zambeze murió de la fiebre.

—Sea, pero la señora Baker no se separó de su marido. La señora Ida Pffeffer dió la vuelta al mundo dos veces. ¿No os acordáis también de aquella encantadora joven, la condesa Alexina Tinne, que no teniendo aún veintidos años había corrido toda la parte oriental de Africa?

—¡Ah!—dijo—no citéis ese ejemplo; ya sabéis que la joven de quien habláis murió degollada por los árabes.

—Pues bien—dijo sin que su voz languideciese;—si está de Dios, moriré como ella. He pensado muy á menudo en esa muerte gloriosa, y no me arredra.

Al cabo de un momento, y perdiendo ya la esperanza de convencerla, repuso el joven:

—¿Cuándo os marcháis?

—Esta noche lo decidiré.

—¿De acuerdo con esos caballeros?

—Sí—repuso bajando los ojos.

Hizo un gesto de sublevación, pero gracias á un esfuerzo de voluntad, se pudo contener y dijo con calma:

—Os dejo con ellos... ¿No volveré ya á veros?

—Todos los días, si así lo deseáis hasta que me marche. No podrá ser en seguida, pues tengo muchos preparativos que hacer.

—¿Me daréis noticias vuestras cuando estéis allí?

—Indudablemente; pero ya sabéis que los correos no son muy frecuentes.

—¡Desgraciadamente!—dijo; y luégo añadió:—¿Me permitiréis que os escriba?

—Os lo suplico. Vuestras cartas serán para mí un perfume de lejana patria.

En aquel momento llamaron.

—He aquí los que esperáis—dijo el joven.—Más dichosos que yo, vienen sin duda á anunciaros que os acompañan. Prefiero no encontrarme con ellos; permitidme que salga por este lado.

—Como queráis—repuso tristemente la señora de Guéran.



## V

Cuando la baronesa fué á recibir á los señores de Morin y Perières, llevaba la sonrisa en los labios.

Como había supuesto el doctor, iban indudablemente á anunciarla una buena noticia. Sin embargo, Laura de Guéran, se adelantó hacia ellos, y después de interrogarlos con una mirada, dijo:

—¿Y bien, qué?

—Nos vamos con vos—dijeron en coro.

—¿Señora, lo habéis acaso dudado un solo instante?—añadió el pintor.—No teníais necesidad de haberme dado una semana para pensarlo. Al día siguiente de explicarme vuestro proyecto estaba decidido á seguiros hasta el fin del mundo.

—Yo—repuso el señor de Perières para quedar encima de su adversario—me decidí mientras lo explicabais.

—Os doy las gracias, caballeros—dijo la baronesa;—pero hablemos con seriedad. No se trata de saber quien es el que tiene más prisa por emprender el viaje ni seguirme; nos marchamos todos juntos como buenos compañeros. Desde hoy debéis tratarme como á un